

La juventud, lo político y lo educativo en el proyecto Cocú-Alterarte de Puerto Rico (Misiones)

Por Kevin Morawicki*
y Jorge Huergo**

*Auxiliar docente en las Cátedras de Comunicación y Educación y Comunicación y Medios de la FPyCS, UNLP.

Director de la Revista Cocú. Miembro del grupo organizador de Alterarte. Docente e investigador del Centro de Comunicación/Educación de la FPyCS, UNLP

**Profesor Titular de Comunicación y Educación. Director del Centro de Comunicación/Educación y del Programa de Investigación en Comunicación y Educación, FPyCS. Docente e investigador del Centro de Comunicación/Educación, FPyCS, UNLP.

“¡Estamos acá! Y estamos acá porque nos encanta, no por plata ni por reconocimiento, no como favor ni por obligación: Estamos acá, cantando, tocando, actuando, pintando, mostrando y mirando, charlando y sonriendo porque nos comprometemos. Este compromiso nos hizo dar cuenta de que la única forma de salir vivos del ‘laberinto’ es haciendo laica, pública y gratuita la ruta hacia la salida... Nos dimos cuenta de que en vez de mentirte, venderte o comprarte, preferimos comprometerte, preferimos alterarte”.

Marcelo Seipke (Revista Cocú N° 6)

En los espacios culturales y geopolíticos de la región Mercosur estamos experimentando una crisis con varias aristas o procesos. Uno de ellos es el de crisis y deslegitimación de las instituciones; entre ellas, las instituciones modernas destinadas a la representación política (como los partidos y los organismos de representación) y a la formación de sujetos (como las instituciones escolares en general). Otro es el de asechamiento por parte de sucesivas reformas políticas neoliberales y de diversas modalidades del ajuste estructural; lo que ha generado novedosos aspectos de la pobreza y de la exclusión, y ha producido la inadecuación de los imaginarios de movilidad y ascenso social con las condiciones materiales de vida. El tercero, es el proceso de crisis de los “contratos sociales” globales y de los imaginarios de retribución y de justicia que ellos sostenían, lo que hace que proliferen diversos modos de enlazarse y actuar más allá de las estipulaciones de esos “contratos” (modos que irrumpen descontroladamente en los espacios socioculturales).

En la situación de “crisis orgánica” que experimentamos y que alcanza de manera significativa a las instituciones de representación política y de formación de sujetos, se generan novedosos proyectos y prácticas socioculturales, tanto en las fisuras de las instituciones y organizaciones tradicionales como en múltiples espacios emergentes. Algunos de ellos aportan modos de encarar la articulación cultural-regional y aportan otras formas de lo educativo y lo político. En especial, cuando se trata de proyectos y prácticas cuyos principales actores son los jóvenes, sujetos afectados de diversas maneras por la crisis orgánica.

El objeto de nuestra presentación es situar, en ese contexto de “crisis orgánica”, el Proyecto Cocú-Alterarte, una experiencia político-cultural protagonizada por jóvenes de la provincia de Misiones en la ciudad de Puerto Rico. Nuestro propósito es aportar elementos para la comprensión de las diferentes modalidades y los sentidos que adquiere lo político

(más allá de “la política” en crisis) y lo educativo (más allá de los espacios institucionales escolares desbordados), alrededor de ese *Proyecto*, entendido el mismo como espacio comunicacional y de producción cultural juvenil.

Cocú y Alterarte

Cocú y Alterarte son dos proyectos juveniles que tienen lugar en la ciudad de Puerto Rico, en la provincia de Misiones (territorio que, por su ubicación entre Brasil y Paraguay, habitualmente es denominado “el corazón del Mercosur”). En ambos proyectos los organizadores, receptores, expositores, editores o escritores son jóvenes: universitarios residentes en otras ciudades del país y de la provincia, adolescentes de la EGB, trabajadores o desocupados.

Cocú es una revista cultural de distribución gratuita, con una tirada de 2.000 ejemplares y 9 números publicados. Es editada desde hace tres años en la ciudad de La Plata por estudiantes universitarios puertorriqueños y distribuida en las principales ciudades misioneras. Las intenciones editoriales de *Cocú* tienen relación con la construcción de lugares de expresión para jóvenes, en donde sea posible la puesta en común de las distintas formas en que los jóvenes escriben el mundo, lo hablan, lo habitan, lo vivencian, lo cuestionan y, en últimas, como la cristalización concreta de un espacio de encuentro juvenil a través del diseño y la lectura de sus nuevas formas de pensar y sentir el mundo. También se propone hacer evidentes las prácticas culturales autóctonas, a través de cierta “devolución” a los lectores de las formas en que se vivencia la experiencia más allá de la mediación efectuada por las industrias culturales nacionales.

Alterarte es una exposición artística semestral que tuvo su primera edición en diciembre de 2001, a partir de la incapacidad de los formatos gráficos de dar cuenta de la diversidad de manifestaciones artísticas juveniles. Desde ese momento y de la ma-

no del arte y la comunicación, el espacio apuesta a alentar a la juventud para que pueda expresar sus valoraciones acerca de la vida y el mundo. Y para hacerlo, los jóvenes han apelado a viejas y nuevas formas de producción artísticas regionales y globales, folclóricas y tecnológicas, a través de dibujos, pinturas, títeres, esculturas, poesías, fotografía, teatro, cerámicas, danzas (desde las folclóricas hasta salsa y tango) y música (folclore, rock y música electrónica).

Recientemente acaba de realizarse la cuarta edición de *Alterarte*, lo cual ha significado, en términos prácticos y simbólicos, la consolidación de la identidad del grupo de organizadores, que hasta ese momento se manejaron por fuera de los canales tradicionales de agrupación y coordinación. La apuesta del grupo organizador a la “*creación de lazos y a la amistad*” como valores convertidos en banderas identitarias da cuenta de la diversidad sociocultural de los organizadores y de los distintos lugares de residencia: pocos organizadores viven en Puerto Rico, y pocos son los encuentros y reuniones cara a cara (dificultad relativamente superada con el uso de correos electrónicos, a pesar de las limitaciones en el uso de Internet en una ciudad pequeña del interior de la provincia y de los altos costos de la conexión).

En este sentido es que, como parte de un proyecto cultural, *Alterarte* parece querer ir diseñando los trazos de pequeñas utopías, que quizás sirvan como metáfora de la cosmovisión de las culturas juveniles actuales. Es con el arte (en sus múltiples apropiaciones por fuera de catálogos *snobistas* tradicionales), el pensamiento, la sensibilidad, la amistad, el compromiso no disciplinado por grandes estructuras, que se hace posible responder y hacer frente a la crisis de los relatos políticos.

En definitiva, *Cocú y Alterarte*, en tanto proyectos pensados a mediano o largo plazo, están imaginados por sus organizadores como instancias en las cuales es posible contradecir los discursos tendien-

tes a determinar que la juventud actual debe ser pensada en términos de generación perdida. A pesar del creciente impacto en los jóvenes de la restricción del mercado laboral, la imposibilidad de proyectar imaginarios de ascenso social y la construcción de la juventud como “chivo expiatorio” de las problemáticas sociales, los proyectos *Cocú* y *Alterarte* permiten alentar formas de protagonismo que desdican las ideas naturalizadas sobre la juventud (que son inmorales, que no se están preparando para el futuro económico del país, que son apolíticos y escépticos por decisión propia, que no tienen capacidad para ser protagonistas de la historia), a la vez que evidencia otras miradas sobre las profundidades de los problemas culturales actuales.

Los jóvenes en la globalización: hacia nuevas formas de lo político-cultural

Un anudamiento de significados producido en la modernidad es el que equipara a la política con el Estado. Pero hablar de política en el contexto de la globalización implica pensar en un mundo posterior al mundo exclusivamente regido por el dominio y el monopolio del escenario internacional por parte de los Estados Nacionales. El estallido de las fronteras nacionales, el afianzamiento de las empresas multinacionales, la consolidación de Organizaciones No Gubernamentales, el poder de los organismos internacionales de financiación, etc., hablan de una sustitución de la estructura monocéntrica del poder de los Estados Nacionales por un reparto de poder policéntrico (Beck, 1998).

La cultura política se ha vuelto errática: desde que se desvanecieron los relatos emancipadores que veían las acciones presentes como parte de una historia y búsqueda de un futuro renovador (cfr. García Canclini, 1995, “Introducción”). Lo que se está produciendo es un fuerte “desencanto frente a proyectos nacionales que en décadas anteriores poblaron el futuro y el imaginario colectivo con la

expectativa de integración social. A diferencia de los tiempos de auge del desarrollismo y el proyecto socialista, no hay ahora en la agenda política nada que lleve a pensar en un cambio radical con grandes avances en materia de integración social” (Hoppenhayn, s/f). Más aún, es “la política” como restricción de *lo político* a los fenómenos relacionados con la representatividad y con la organización institucional de la misma, la que se encuentra fuertemente cuestionada y deslegitimada socialmente.

Del mismo modo lo político emerge en nuevas formas de expresión de los antagonismos sociales. Precisamente los movimientos culturales juveniles no parten de una composición de clase social definida, sino que se organizan en torno a demandas por el reconocimiento social y la reafirmación de la identidad, a la vez que suelen ser más defensivos que ofensivos en términos políticos (cfr. Reguillo, 2000). En algunas entrevistas realizadas a lectores de *Cocú* y a participantes de *Alterarte*, los jóvenes aluden de diversos modos a la relación conflictiva que a menudo se entabla con la sociedad (entendida ésta como la visión de los adultos), y que siempre tiene un carácter defensivo en términos de que “*nosotros no tenemos la culpa de lo que está pasando*”, “*no somos tan desastrosos*”, “*los jóvenes también hacemos cosas positivas y deseamos involucrarnos*”. Sin embargo es significativo cierto posicionamiento de impugnación al lugar desde donde provienen los discursos hegemónicos sobre los jóvenes, en particular, cuando esas críticas redundan en el carácter moral de las prácticas culturales juveniles. En palabras de un entrevistada: “*Los adultos no se dan cuenta que el problema es de todos. Nos culpan a nosotros, pero en realidad ellos también hacen lo mismo*”. Como expresaba la revista *Cocú* N° 4: “*No deberíamos alarmarnos, porque en todo este debate de pensar qué sociedad queremos deberíamos reconocer que sólo si nos miramos desde la superficie somos una sociedad moralmente correcta. Ya que si miráramos en nuestras profundida-*



des culturales nos cansaríamos de presenciar escapes clandestinos a esa moral ciudadana [infidelidades (tanto entre los jóvenes como en los adultos -y quizás más en los segundos que en los primeros), egoísmo, alcohol, fracaso (en términos materiales), corrupción, defraudaciones fiscales, etc.]” (Morawicki, 2002).

En proyectos como Cocú y Alterarte existe un antagonismo generacional que articula voces y acciones juveniles de distintas extracciones sociales. Pero también, el proceso de acción y organización ha ido derivando no sólo en una reafirmación identitaria, sino en un reconocimiento político del proyecto en la comunidad de Puerto Rico, aumentando su presencia y relevancia en los escenarios públicos de discusión de las políticas culturales juveniles.

Por otra parte, *“la modernidad-mundo trae con ella otro tipo de civilización. La desterritorialización de los signos, imágenes y objetos echan las raíces de una cultura internacional”* (Ortiz, 1997: 44). Esta transcultura no significa el fin de las fronteras, sino el diseño de nuevos territorios y límites. De este modo sería posible relegar el concepto de “globalización” a los procesos económicos y tecnológicos, y utilizar el de “mundialización” para el dominio específico de la cultura. Así, el proceso de mundialización sería un fenómeno social total que impregna al conjunto de las manifestaciones culturales (cfr. Ortiz, 1997: 47)¹. En este contexto sería posible distinguir proyectos culturales destinados a la juventud por una industria cultural configurada por los requisitos de la globalización (como por ejemplo los recitales configurados por intereses de mercado), y proyectos culturales juveniles como *Cocú* y *Alterarte* que suman y expresan la complejidad de manifestaciones culturales propias de la mundialización.

Si bien la humanidad se encuentra subsumida en este proceso de mundialización de las percepciones globales del mundo, la globalización de la cultura atraviesa la vida cotidiana en todo el orbe². Podríamos decir, por lo tanto, lo que resulta productivo es

mirar la globalización en tanto localización: lo local debe entenderse como un aspecto de lo global, ya que la globalización implica también un acercamiento y mutuo encuentro de las culturas locales. Es decir que el diseño de estrategias político-culturales en el contexto de la globalización, no debe ramificarse sólo como contracara de una confabulación de la hegemonía mundial que nos estaría llevando a la universalización de nuestras vidas. Antes bien, en tanto redimensiona y reposiciona lo local en un interjuego permanente entre procesos culturales globales y refiguraciones de las culturas locales, debe trabajar en las zonas de mediación, es decir, de confluencia omnipresente de tradición y modernismos, ancestros y digitalización de las historias familiares, folclorismo y tecnología aplicada a la vida cotidiana (cfr. Morawicki, 2003). Es éste uno de los ángulos desde el cual debe ser mirado el escenario donde se insertan tanto las reflexiones como las estrategias comunicacionales que atan/liberan a los jóvenes protagonistas del *Proyecto Cocú*.

En suma, de lo que estamos necesitados de pensar es el trasfondo “político” de los nuevos espacios socioculturales. En nuestro caso, pensar *lo político* como aquello que nos habla de una compleja configuración de distintas manifestaciones de poder (incluyendo “la política”), reflejando la condensación de distintas instancias del poder sociocultural; y que como tal, reconoce la relativa autonomía en el desarrollo de distintas esferas de la vida sociocultural, y se rige según una lógica de cooperación o antagonismo entre voluntades colectivas (cfr. Argumedo, 1996). Precisamente, el movimiento juvenil supone la presencia de un conflicto y de un objeto social en disputa que convoca a los jóvenes en el espacio público. Proyectos como *Cocú* y *Alterarte* poseen un carácter político táctico que puede implicar la confluencia de diferentes intereses no vinculados a los espacios tradicionales de representación política y a los partidos políticos (como es el caso del arte y la ecología).

¹ En la misma dirección, Roland Robertson (1992) afirma que es “la percepción consciente del mundo como lugar singular” lo que se ha convertido en algo absolutamente corriente. Lo que los medios de comunicación facilitan es la reflexibilidad simbólico-cultural de la globalización, lo cual constituye la cuestión clave de la sociología de la globalización. Por su parte, Martín Hopenhayn considera que *“la globalización afecta las categorías básicas de nuestra percepción de la realidad en cuanto transgrede la relación tiempo-espacio y la reinventa bajo condiciones de aceleración exponencial: se comprimen ambas categorías de lo real por vía de la micro electrónica, que hace circular una cantidad inconmensurable de ‘bits’ a la vez”* (Hopenhayn, s/f: 62-63).

² Esto no significa en modo alguno el fortalecimiento de la tesis de la macdonalización de cultura: es decir que con el afianzamiento de la globalización también resurge el afianzamiento de localización: *“Para existir -dice Ortiz-, la mundialización se debe localizar, enraizar en las prácticas cotidianas de los hombres, sin lo cual sería una expresión abstracta de las relaciones sociales”* (Ortiz, 1997: 46-47).

³ "No caben dudas -dice Ulrich Beck- que la crisis ecológica y su reconocimiento mundial tras la conferencia de Río de Janeiro de 1992 han sacudido definitivamente el pensamiento y quehacer generales del Estado Nación. La sociedad mundial en tanto sociedad con un destino ecológico percibido ha alcanzado la conciencia de sí misma al verse acusada de 'sociedad de riesgo global'; porque "si los peligros fundan una sociedad, los peligros globales fundan una sociedad global" (Beck, 1998: 66). Es que la tierra, el objeto del movimiento ecológico, "trasciende las barreras nacionales presentándose como una especie de movimiento social de la 'sociedad civil mundial' (...) La preocupación ecológica no tiene patria, el planeta es su arraigo" (Ortiz, 1997: 17-18). Por otra parte, el problema ecológico viene a evidenciar los límites de la separación entre tecnología y sociedad (señalada hace años por Hannah Arendt): el conflicto ecológico es una consecuencia de la revolución tecnológica, y el movimiento ecologista (incluso sin quererlo) pone en el centro del debate político el sentido contradictorio del progreso humano.

Como se publicaba en el número 3 de la *Revista Cocú*, en referencia a las diversas formas de relación entre lo político en la juventud, "*el arte es una alternativa de vida*", otro modo de leer y escribir el mundo; es una de las formas de pensar e imaginar mundos distintos a los que ya son imaginados en una sociedad determinada, y que a menudo, en el caso de los jóvenes, buscan tomar distancia de las formas de perpetuación de los órdenes sociales vigentes. "*El arte -agregábamos-, al proponer otros discursos distintos a los que ya están circulando en la sociedad, puede ser, para los jóvenes, el lugar de lucha social por excelencia. Porque además de proponernos experiencias -visuales, sensoriales, intelectuales- renovadas, es el lugar desde donde empezar a pensar políticamente esta crisis orgánica cuya gravedad reside en que las nuevas y viejas generaciones no sólo no logran nombrar el mundo para modificarlo, sino que han perdido sus ansias por intentarlo -al menos desde las estructuras partidarias-*" (Morawicki, 2001). Es decir que gran parte del desafío de pensar *Alterarte* en términos de políticas culturales para la juventud, pasa por reconcebir a la ciudadanía en tanto "estrategia política" que nos permita abarcar las prácticas emergentes no consagradas por el orden jurídico.

En este sentido, el caso de la ecología es paradigmático³. En la medida en que el problema trasciende una órbita Nacional-Estatal, se solidifica un espacio de lucha transfronterizo. Los conflictos de riesgo mundial traen aparejado, por sí mismos, una cierta "*politización involuntaria*" de todos los campos de la actividad social, al menos desde el momento en que "*la tecnocracia del peligro produce involuntariamente un contraveneno político con su propio discurrir -y contra él-: peligros que, desafiando la pretensión de las autoridades competentes de tenerlo todo bien controlado, se dan a conocer públicamente, al tiempo que abren espacios para la acción política*" (Beck, 1998: 70-71).

Esto implica, para el caso de los proyectos políticos culturales juveniles, la inclinación deliberada de

los jóvenes por preservar el medio ambiente, junto con cierto proceso de *politización necesaria* surgido de una problemática local/global. Es el caso de la eminente construcción de la represa hidroeléctrica Corpus, hipotéticamente situada sobre el río Paraná, entre las represas Itaipú y Yacyretá (la más grande del mundo y el "Monumento a la Corrupción", respectivamente), y cuya discusión pública fue dirimida con un "No a Corpus" en el plebiscito provincial vinculante del año 1996. En este sentido, el artículo publicado en la *Revista Cocú* "Algunas razones para decirle 'No a Corpus'" preludeó la escenificación con maquetas, peceras y fotos sobre las repercusiones ambientales adversas que significaría esta represa (desaparición de saltos, cascadas, grutas junto con fuertes cambios climáticos), producida por un grupo de chicas en la última realización de *Alterarte*.

Estas consideraciones sobre los modos de mirar lo político en las sociedades actuales abren, de todas formas, otros interrogantes: ¿Cuáles son los verdaderos alcances culturales de un proyecto juvenil (al fin y al cabo) político-cultural, y cuáles son las limitaciones políticas de un proyecto cultural que, si bien intenta diferenciarse del histórico anudamiento entre militancia y disciplina, a la vez parece alejarse de las megautopías de décadas anteriores?

Abrir el abanico de las prácticas políticas de los jóvenes implica necesariamente cuestionar la idea de "militancia"; incluso, cuestionar la palabra misma "militancia" o "militante", así como los sentidos que estas palabras cargan. En este caso, "militancia" viene de la palabra latina "miles", que quiere decir "soldado". La actitud o la acción (el verbo) de "militar" (militancia, llamativamente, no aparece en el diccionario), está ligado a dos aparatos institucionales: el ejército y la iglesia. Cabría volver a pensar cómo la militancia anuda a "la política" con ciertas instituciones disciplinarias (y, tal vez, a la militancia con el disciplinamiento). Instituciones que tienen por finalidad el disciplinamiento, la represión

y el control del diferente, configurado como enemigo. Cosa que se ha trasladado a las formas de militancia partidaria, de las que los jóvenes descreen. Es decir, hablar de un abanico de prácticas políticas de los jóvenes, implica desterrar del lenguaje el término "militancia" y el desafío de encontrar o construir otro sentido para ese término (dentro del lenguaje desnaturalizado) que permitiera dar cuenta de los múltiples modos de lo político en lo juvenil, correspondiente con representaciones diversas de múltiples antagonismos sociales. Y que diera cuenta, también, de formas de organización "política", como las de los organizadores de *Alterarte*, que escapan a cualquier forma de disciplinamiento de sus acciones o de propuesta realizadas a otros jóvenes.

En una evidente contradicción que promete/desalienta nuevos órdenes de lo político y lo moral, a la vez que desnuda problemas de gravísimo peso cultural, de lo que debería tratarse es de articular los objetivos político-culturales de los proyectos juveniles con el entendimiento de las lógicas y la sensibilidad que atraviesan y marcan la socialización de la juventud de hoy; una subjetividad "en la que se recombinan nuevas formas de ser activo y ser pasivo, nueva percepción del tiempo y la distancia, nuevas representaciones del diálogo y la comunicación, nueva relación con la información y el conocimiento" (Hopenhayn, *s/f*: 62). Aunque evidentemente se trata de problemas profundamente arraigados en nuestras subjetividades, la enumeración de estas problemáticas tampoco debería llevarnos a correr hacia el rescate de *órdenes de socialidad* pasadas. En definitiva, una propuesta político cultural que, reconociendo los actuales procesos de globalización y mundialización, permita desencadenar espacios para la comunicación entre jóvenes junto al desarrollo de una "lectura y escritura" del mundo, como línea político cultural -acaso posmoderna-.

Si hoy por hoy nos movemos en el mundo sin saber qué es lo propio, los nuevos reposicionamientos a escala global de la cultura local misionera atravie-

san, sesgan y alientan la dinámica de la exposición *Alterarte* y la *Revista Cocú*. En el caso de *Alterarte*, se trata de un evento que, si bien apela retóricamente a la "cultura" y a la "cultura autóctona" en sus estrategias de comunicación social, el collage de elementos culturales que reúne en su seno son impropios antes que autóctonos: la producción de cerámicas de estilos andinos, la presencia de la naturaleza y la fuerte presencia de la figura humana en las pinturas, óleos y fotografías digitales, la presentación de títeres, artesanías regionales, cantantes folclóricos, rockeros y dj's con música electrónica. "El rasgo característico global de la muestra fue el concepto de humanidad: imponentes rostros y figuras tuvieron protagonismo en la muestra plástica y fotográfica, tornándose expresionista en algunos autores, surrealista en otros, o con un marcado sentido social" (Roldán, 2003). Es decir, una muestra que parece tener mucho que ver con la juventud y la mundialización, la globalización y lo político⁴.

Por último, la oposición analítico-conceptual entre la cultura y la política Nacional-Estatal y un mundo globalizado puede aportarnos pistas para comprender la falta de aceptación de un proyecto político cultural juvenil por parte de sociedades con altos niveles de conservadurismo. Al fin de cuentas, Puerto Rico surgió como una colonia de alemanes-brasileños, con un fuerte sesgo católico y ascendencias antisemitas. Véase la referencia a la influencia de Hitler en la opinión pública puertorriqueña hecha por uno de los hijos de los pioneros de la colonia (cfr. Reckziegel, 1999: 57). Ese resquemor de los sectores conservadores ante algunos destiempos producidos por la movilización de los jóvenes puertorriqueños refiere, seguramente, a las luchas generacionales acerca de lo necesario y lo deseable, es decir, a la pérdida de la estabilidad que en los *sesenta* y *setenta* implicaba el conformismo, fuertemente vinculado al nacionalismo. Esta posición es abordada hoy por las élites desarrollistas, las clases medias y algunos movimientos populares como el

⁴ Por lo demás, queda que los aportes conceptuales de algunos de los sociólogos de la globalización nos alertan sobre la necesidad de que los proyectos político-culturales piensen los procesos regionales culturales desde el interjuego entre una historia cultural y una etapa postnacional en manos de la mundialización de la cultura. La indagación en torno al grado de marginación del territorio misionero del proceso de formación de los Estados Nacionales es una hipótesis que puede permitir, no ya la aprehensión de los procesos de hibridación de la cultura misionera, pero sí una cierta comprensión que permita edificar, con visiones más contextualizadoras de la situación sociocultural misionera, la elaboración de las estrategias de intervención en una zona históricamente desvinculada del techo homogéneo del Estado.

intento por contener dentro de las fronteras nacionales la explosión globalizada de las identidades y de los bienes de consumo que las diferenciaban.

Otras formas de lo educativo en el mapa de las revolturas político-culturales

En la región nos encontramos frente a un mapa sociocultural estallado, atravesado por las revolturas culturales que exceden los marcos fijos de interpretación y reclaman una nueva perspectiva crítica, en cuanto mirada que asume la complejidad y hace más complejas las subjetividades que miran. En este contexto, necesitamos reconocer que los diferentes espacios sociales emergentes (como resultante de la crisis y el desborde de las instituciones modernas) resultan formadores de sujetos y productores de sentidos y de saberes, aunque de manera muchas veces transitoria; es decir, devienen *educativos*. Lo que contribuye a percibir esas instancias de formación de sujetos y producción de sentidos y saberes como abiertas y como referencias relativas. De modo que pensar el campo cultural como educativo significa comprenderlo como dialógico⁵ y, a la vez, conflictivo. Pero, por sobre todo, implica entenderlo como campo de articulación entre diferentes y sucesivas interpelaciones y los reconocimientos subjetivos que ellas provocan. Para esto, necesitamos trabajar con una noción de *lo educativo* que nos permita interpretar los territorios culturales revueltos, en cuanto formadores de sujetos, más allá de los procesos y las prácticas escolares⁶. *“Lo que concierne específicamente a un proceso educativo consiste en que, a partir de una práctica de interpelación, el agente se constituya como un sujeto de educación activo incorporando de dicha interpelación algún nuevo contenido valorativo, conductual, conceptual, etc., que modifique su práctica cotidiana en términos de una transformación o en términos de una reafirmación más fundamentada. Es decir, que a partir de los modelos de identificación propuestos desde algún discurso específico (religioso, familiar, escolar, de comunicación masiva), el su-*

jeto se reconozca en dicho modelo, se sienta aludido o acepte la invitación a ser eso que se le propone” (Buenfil Burgos, 1993: 18-19).

Para nosotros, esta es una noción comunicacional de lo educativo, un proceso que nace de una interpelación, una llamada del individuo (como entidad presimbólica y mítica) a sujeto⁷. Ahora bien, en primer lugar, esas interpelaciones (en la producción de sentidos sobre la experiencia, la vida y el mundo) no son mensajes aislados, sino que son conjuntos textuales que, a su vez, circulan y se distribuyen más allá de los espacios y de los discursos intencionalmente interpeladores, como puede ser el escolar. En el caso del *Proyecto Cocú y Alterarte*, podemos sostener que la interpelación surge precisamente de conjuntos textuales en los cuales los jóvenes se ven involucrados, ellos mismos, como productores. En segundo lugar, los referentes de esas interpelaciones no están fijados ni personificados, como por ejemplo en los padres, los docentes o los dirigentes sociales o políticos, sino que se abren, se desplazan, incluso se evaporan en ciertos lazos y espacios sociales, y devienen referentes y referencias múltiples (cfr. Huergo, 2003). En la exposición *Alterarte*, nos encontramos frente a verdaderas redes de referencias que se tejen alrededor de las múltiples expresiones y valoraciones que se ponen en juego, y que a la vez, son tejidas por jóvenes.

Pero esa llamada, esa interpelación, puede ser absolutamente indiferente; puede no ser reconocida, aunque sea conocida. El problema del *reconocimiento* de la textualidad (sociocultural) interpeladora es el problema de la adhesión, que no es del orden del raciocinio, sino del cuerpo. Significa una “incorporación” que a la vez implica cierta identificación y cierta pertenencia. Implica, a decir de Bourdieu (1991), creencia, fe práctica, adhesión indiscutida, prerreflexiva, “nativa” o ingenua. El reconocimiento, entonces, es un rasgo de la adhesión constitutiva de la pertenencia; también representa una *investissement*⁸ en la creación y reproducción

⁵ La idea del *diálogo* (Bajtin, 1982) remite a que una configuración textual es básicamente interdiscursiva y, por consiguiente, un fragmento de la memoria colectiva. Es, en este sentido, una sedimentación posible de una determinada *acumulación narrativa*. En el diálogo la comunidad (histórica y geográficamente situada) habla y, en un mismo movimiento, es hablada. En el diálogo se expresa la cultura como campo de lucha por el significado, en la que se reflejan una multiplicidad de valores, voces e intenciones, con distintos grados de intensidad en sus contradicciones.

⁶ Es decir, más allá de lo que nosotros hemos llamado el “estatuto de la educación”, es decir: la *escolarización* (que anudando la educación a la escuela, hace de un elemento particular uno universal, y reclama hegemonía sobre todo otro tipo de prácticas educativo-comunicacionales). Cfr. Huergo y Fernández, 2000.

⁷ Como sostiene Slavoj Žižek (1992), el individuo es interpelado a transformarse en sujeto (en virtud de un punto de acolchado *-point de capiton-* a través del cual el sujeto es “cosido” al significante).

⁸ La *investissement* alude a una inmersión en la cultura y una inversión en ella, a la vez (cfr. Bourdieu, 1991).

del capital simbólico. Por eso, en cuanto forma de la creencia, es un “estado del cuerpo” que permite “jugar con los asuntos en juego”. Lo que es posible observar en el *Proyecto Cocú* es que las convocatorias a la incorporación de los mismos, son a participar en un escenario o un “juego” cuyas reglas para “jugarlo” no están definidas de antemano sino que se construyen en el proceso participativo que se plantea en ese juego. A diferencia de los eventos culturales destinados a los jóvenes (en los cuales el recorrido de los espectadores se encuentran prefijados, obturando diferentes formas de movimiento y participación), en el caso de *Alterarte* la interpelación misma es a incorporarse al proceso de construir el significado de la exposición en cuanto espacio social y artístico, lo que genera diversas formas de adhesión, principalmente desde el cuerpo. “Lo que diferencia a *Alterarte* de otros eventos es que hay más libertad de movimiento y hay más de una sola cosa para ver”⁹, expresa una adolescente entrevistada.

El reconocimiento está emparentado con el proceso identificatorio. Existe formación de sujetos en la medida en que se produce un proceso de *identificación*. Y lejos de lo que pretendieron ciertos discursos totalitarios, sabemos (gracias al psicoanálisis) que las identificaciones operan *secundum quid*; es decir, no son totales, sino que se producen identificaciones con algunos aspectos de los referentes y de las referencias interpeladoras. En *Alterarte* existen referentes transitorios, precarios y -en cierta forma- débiles, como son los jóvenes artistas que presentan sus creaciones o producciones, pero también algunos miembros del grupo organizador, percibidos como verdaderos militantes culturales. Además de las referencias constituidas por las obras de arte, por la grupalidad, por las presentaciones musicales. Esto es lo que hace más complejo el proceso, lo hace menos lineal. No se produce un proceso transparente entre un conjunto textual determinado y un sujeto en formación, sino que se produce

un proceso confuso, opaco, complejo, en el cual intervienen, como hemos dicho, múltiples conjuntos textuales, múltiples interpelaciones, múltiples objetos, relaciones, conductas, prácticas, modelos, valores, etc., con algunos aspectos de los cuales nos identificamos¹⁰.

Considerados en su complejidad, necesitamos reconocer lo formativo en los espacios socioculturales que han privilegiado los lazos antes que la institucionalidad y los contratos sociales. En este sentido, esos espacios pueden ser considerados como “polos de identidad” o, mejor, de identificación. En esos polos, los sujetos forjan sus identidades en la medida en que experimentan un sentido del *nosotros*, una representación de distinguibilidad (*los otros*) y una narrativa histórica común (cfr. Giménez, 1997). Con la crisis de los “contratos sociales”, de las instituciones, de los saberes y los sujetos modernos, emergen *polos de identificación*, es decir: lugares configurados por lazos sociales, con los cuales nos identificamos. Tales *polos* no son tan “colectivos” como lo fueron los partidos políticos, las clases sociales, los sindicatos, las escuelas... *Cocú* y *Alterarte*, considerados como polos, representan también el papel que hoy juegan las nuevas formas de vivir lo social a través de lo comunitario, de lazos sociales experimentados en microesferas públicas, en microespacios de participación y solidaridad, pero también de resistencia frente al asechamiento depredador del neoliberalismo y la sociedad de los consumidores (cfr. Huergo y Morawicki, 2003)¹¹. Polos que, a su vez, avalan distintas formas de “lectura y escritura” de la experiencia, de la vida y del mundo. Resulta llamativo observar los modos en que la sola vivencia y el aprendizaje de la participación (como “escritura”) en el espacio del grupo organizador de *Alterarte*, por ejemplo, permite a los jóvenes ir desarrollando otras formas de “leer” lo político, los factores y las relaciones de poder, en su comunidad.

Estamos frente a un proceso, a nuestro juicio, altamente significativo en lo que atañe a las subjetivi-

⁹ Entrevista a una joven participante en *Alterarte*, realizada por K. Morawicki en julio de 2003.

¹⁰ A esto es a lo que hemos llamado (en cuanto productivo de ciertas formas de leer y escribir la experiencia, la vida y el mundo) *alfabetizaciones posmodernas* (asumiendo una rica idea del pedagogo crítico norteamericano Peter McLaren).

¹¹ Los lazos sociales nuevos (o viejos, pero refigurados) van constituyendo polos de identificación en los que nos comunicamos, desde los que nos comunicamos y a partir de los cuales nos formamos como sujetos. De manera que tendríamos que tener en cuenta, hoy, cómo lo popular se articula con esos lazos sociales y con esos polos de identificación; cómo esos polos permiten un novedoso ejercicio de la ciudadanía y en ellos se forman ciudadanos; cómo a partir de esos polos conformamos identidades y aprendemos a leer y escribir la experiencia y el mundo.

vidades y a su formación. Creemos que no alcanza, no resulta suficiente, la visión sociológica acerca de las subjetividades excluidas, o la lectura economicista sobre los mecanismos de la exclusión. Por un lado, sería posible observar los modos en que las subjetividades juveniles (como mediación entre lenguaje y experiencia) se fraguan en ciertas zonas de confluencia de las identificaciones. Esto lo pudimos revelar como cierta intersección entre un “nosotros” equivalente a “jóvenes” y un “nosotros” constituido por *Alterarte*. *Alterarte*, de ese modo, contribuye a producir sentidos sobre la juventud que fortalece diversas tomas de posición frente al antagonismo generacional. Además, el posicionamiento experimentado y expresado en *Alterarte* fundamenta algunas prácticas de resistencia, como así también de negociación, pero sobre todo de pronunciamiento de la palabra y de la voz. *Alterarte* puede ser visualizado, entonces, como un espacio o un piso donde se forman subjetividades, en la medida en que en él se permite y alienta la expresión de la voz. Pero, por otro lado, también nos encontramos frente a un proceso de constitución y formación de subjetividades en la fuga y en la clandestinidad¹², como mecanismos productivos de contestación a la trampa de la globalización. Y este proceso no puede reducirse o ser interpretado sólo como una especie de artimaña de las políticas de exclusión, ni como un modo de compatibilizar, desde las estrategias globalizadoras, diversas formas de libertad con el orden de la seguridad. Se trata de reconocer los modos en que, en contextos de globalización neocolonial, se fraguan subjetividades fugitivas/clandestinas. Para comprenderlo, creemos que es fundamental resaltar la noción de la voz en la constitución de las subjetividades (cfr. McLaren, 1994). Es decir, no basta con comprender a la subjetividad como zona de articulación entre el lenguaje colectivo y la experiencia. Si la subjetividad es zona de mediación entre el “yo” que es leído y escrito y el “yo” que lee y escribe, por así decirlo, nos encontramos

con que esa articulación de la palabra y de la lectura y escritura de la experiencia, del mundo y de la vida, está dada (en principio) por la voz, aunque fuera precariamente. La voz alude a un conjunto de significados multifacéticos por medio de los cuales los grupos de referencia o los polos de identificación (como los jóvenes entre sí) hablan y dialogan, y que resulta de cierta mediación de un discurso privado pero situado en la trama del lenguaje y de los significados compartidos y colectivos.

En observaciones, entrevistas y talleres realizados con jóvenes lectores de la *Revista Cocú* y espectadores de *Alterarte*, hemos encontrado múltiples y diversos sentidos sobre estas experiencias pero que en general se articulan de dos modos. Por un lado, la fuga de los lenguajes totales sobre proyectos políticos transformadores; por otro lado, la fuga de aquellas restricciones que promueven los significados dominantes sobre los jóvenes. A través de la voz, una suerte de lenguaje clandestino o fugitivo, los jóvenes interpretan la experiencia, la vida y el mundo, y la hacen posible. De cualquier modo, *Alterarte* recoge y articula prácticas y representaciones existentes en la cultura juvenil de manera subyacente o a veces aletargada, casi privada, expresadas en pequeños espacios de socialidad. En esa zona de reconocimiento y de articulación con las prácticas y representaciones juveniles, es donde *Alterarte* expresa “con” los jóvenes (y no “para” ellos) sus lenguajes, sus visiones del mundo, sus “lecturas” de la experiencia.

El proceso educativo, articulado con lo político-cultural, no termina allí. Culmina con las prácticas; unas prácticas de lectura y de escritura de la experiencia, de la vida y del mundo, que pueden tener (a grandes rasgos) un sentido conformista o un sentido transformador. Precisamente allí es donde se juega el proceso hegemónico o, en cambio, las formas en que se dan las prácticas contrahegemónicas. Es decir, el problema de la formación de sujetos no es sólo del orden de las representaciones y

¹² Debemos la idea de “subjetividades en fuga y en clandestinidad” a las tesis de Alejandra Anoro y Carolina Arribi, a quienes dirige Jorge Huergo en su investigación (Anoro y Arribi, 2003).

los saberes, o del orden de las “lecturas críticas”, sino que se juega en las prácticas sociales y en el sentido que ellas tienen, en el tipo de relaciones que avalan, en el mundo social que están soñando. Allí es donde se anudan lo político, como conjunto de representaciones y prácticas acerca de cómo queremos ser y cómo nos soñamos como sociedad, y lo cultural, como conjunto de sentidos que otorgamos a nuestras experiencias, a nuestras vidas, al mundo. Allí es donde lo político-cultural también comprende los recursos que empleamos para oponernos a las significaciones dominantes, y para defender prácticas contrahegemónicas existentes o emergentes en las que nos involucramos, como intento colectivo para denominar, para leer y para escribir el mundo de formas diferentes.

Conclusiones

Proyectos político-culturales como *Cocú* y *Alterarte*, hacen evidentes los modos en que la “mundialización” deviene local, echando raíces en las prácticas cotidianas. Las expresiones de los jóvenes, en este caso, van diseñando los nuevos territorios y límites en la mediación entre lo global y lo local, y entre formaciones culturales residuales y emergentes. Una mediación que se hace articulación entre las nuevas formas de lo político en la juventud y el arte como alternativa de vida que toma distancia de los órdenes sociales y culturales dominantes.

En definitiva, proyectos político-culturales como *Cocú* y *Alterarte* permiten no sólo abrir espacios para el protagonismo de los jóvenes. También hacen que esos espacios se constituyan como referenciales, en cuanto polos formadores de sujetos, suscitando reconocimientos, identificaciones e incorporaciones diversas, promoviendo la expresión de diferentes voces y prácticas, activando novedosas formas de contestación a un mundo que los limita, haciendo de los jóvenes sólo víctimas o culpables de la situación global de crisis. Espacios desde y en los

cuales se producen y se alientan nuevas formas de leer la experiencia, la vida y el mundo.

Bibliografía

- Anoro, Alejandra y Arribi, Carolina: *Multiculturalismo, discriminación y comunicación/educación*. El caso de Los Porteños, La Plata, Fac. de Periodismo y Comunicación Social, 2003.
- Argumedo, Alcira: *Los silencios y las voces en América Latina*, Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires, 1996.
- Bajtin, Mijail: *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI, México, 1982.
- Beck, Ulrich: *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Paidós, Barcelona, 1998.
- Bourdieu, Pierre: *El sentido práctico*, Taurus, Madrid, 1991.
- Buenfil Burgos, Rosa Nidia: *Análisis de discurso y educación*, DIE 26, Instituto Politécnico Nacional, México, 1993.
- García Canlini, Néstor: *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, México, 1995.
- Giménez, Gilberto: “Materiales para una teoría de las identidades sociales”, en *Revista Frontera Norte*, Vol. 9, Nº 18, México, 1997.
- Hopenhayn, Martín: “Vida insular en la aldea global. Paradojas en curso”, en *Cultura y globalización*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, s/f.
- Huergo, Jorge y Fernández Belén: *Cultura escolar, Cultura mediática/Intersecciones*, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, 2000.
- Huergo, Jorge y Morawicki Kevin: “El proyecto Cocú-Alterarte de Puerto Rico. Cuando los jóvenes inventan sus propios espacios políticos y educativos”, en *Diario El Territorio*, Posadas (Misiones), 26/7/2003; contratapa.
- Huergo, Jorge: “La formación de sujetos y los sentidos político-culturales de Comunicación/Educación”, Conferencia Principal en el Seminario Internacional sobre Subjetividades Contemporáneas, Universidad Central, Bogotá, abril de 2003.
- McLaren, Peter: *La vida en las escuelas*, Siglo XXI, México, 1994.
- Morawicki, Kevin: “Tres textos -más o menos relacionados- para pensar a los jóvenes, al arte y a la política”, en *Revista Cocú* Nº 3, La Plata, diciembre de 2001.
- Morawicki, Kevin: “Cuando la sociedad enciende sus es-



pirales", en *Revista Cocú* N° 4, La Plata, marzo de 2002.
-Morawicki, Kevin: *Pensar políticas culturales en un territorio históricamente globalizado*, La Plata, Documento N° 3, Proyecto Cocú, marzo de 2003.
-Ortiz, Renato: "Cultura y sociedad global", en *Mundialización y cultura*, Alianza Editorial, Bs. As.-Madrid, 1997.
-Reckziegel, Benno: *Memorias de Puerto Rico*, Imprenta Dinámica, Puerto Rico (Misiones), 1999.
-Reguillo, Rosana: *Emergencia de las culturas juveniles*, Norma, Bs. As., 2000.
-Robertson, R.: *Globalization*, Londres, 1992.
-Roldán, Gabriela: "Alterarte: brilla el arte en la región de las flores", en *Diario El Territorio*, Posadas, jueves 23 de enero de 2003.
-Zizek, Slavoj: *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, México, 1992.

